

MARÍA DONOSO

K Ä T E

N I B A J A , ni alta...Ni ancha, ni flaca. Era muy seria y usaba anteojos muy gruesos. Con mis siete años la miré con atenta curiosidad complacida, adentro, lo más adentro posible de los reflejos azules al otro lado de los vidrios; y una minúscula sonrisa de una de sus comisuras me dejó sin tensiones.

La saludé como se me había enseñado a saludar y por esta vez porque yo también quería saludarla. Es cierto que su mano retuvo la mía y supe que me decían sin hablar: “pórtate muy bien, muy bien, a toda hora y siempre”; y era harto raro que no me resultara desagradable. Di media vuelta y me fui, porque yo no tenía nada que ver con los grandes, salvo que me acordara de mi mamá. A mis espaldas las dos institutrices tomaron asiento y no supe más porque ellas para mí no tenían ningún interés.

Otro día, la que era mi institutriz, trataba de convencer a su amiga de lo mala que era yo y mala sin remedio. Miré con mi cara más antipática a la otra —que se lo estaba creyendo todo eso que le decían— y ella me miró desde detrás de sus anteojos; y yo pensé que me iba a retar, y busqué poner una cara más antipática todavía y ella me dijo en alemán, y en alemán todo suena distinto: “Conque así eres..., conque así eres...”. Y cuando yo buscaba poner una cara más antipática aún, vi que una de sus comisuras se sonreía y su mano izquierda se agachó sobre mi hombro y apretó los cinco dedos y sentí que me decían sin hablarme: “A mí me gustas tú, aunque seas tan mala como una niña mala sin remedio”. Y a mí se me borraron las tres caras antipáticas de una en una y pensé que no había nada que hacer, nada: yo no sabría jamás cómo lograrlo, ni qué decir, para que mi papá y mi mamá y todas las gentes

y todas las cosas me cambiaran mi institutriz por ella. Me dijo, con palabras: "Pórtate bien, hoy día" y yo le dije, con la cabeza: "bueno".

Y yo gritaba: "¡Fräääuuulein Kääääeeete llegooooó!". Y mi institutriz aparecía por cualquier puerta, con sus mechas como una ventolera, a saludar a su amiga Käte a quien yo ya había saludado y me obligaba a saludarla de nuevo "como debe ser", "como corresponde". Tal cual si Fräulein Käte hubiese sido una reina. Pero gritaba primero como un globo que se desinfla: "Käte... ¿Käte? ¡Käääätel!".

Fräulein Käte no hacía nunca otro tanto, sólo se sacaba un guante, tironeando dedo tras dedo con mucha paciencia y extendía una mano y sonreía.

En la mesa, Fräulein Käte dirigía a sus niños mayores que yo, sin decir nada, con los puros ojos; y mi institutriz me dirigía a mí y a mi hermano, con los dos ojos que disparaban chispas y con las dos manos y con los dos codos y con una ensalada de gritos en alemán, más una que otra palabra en castellano para que hasta la empleada supiera cómo quería ella que nos portáramos. Y nunca estaba contenta con nuestro comportamiento; y yo no podía decir nada de lo aburrida que estaba yo de sus manos con olor a crema que me tocaban y tironeaban y vestían y me pegaban todo el día y día a día. Y ella siempre repetía la cantinela de nuevo, sacudiendo la cabeza de izquierda a derecha: "Ach Käte..., ach Käte...", y me señalaba a mí. Especialmente a mí, como tocando en el aire el piano con un dedo y dándole y dándole a la misma tecla. Pero, a mí ya me tenía todo eso sin cuidado. Por debajo de la lluvia de hojas, de sábanas sucias, de cáscaras de papas, de sus gritos y sus aspavientos Fräulein Käte y yo nos mirábamos con una risita escondida. Y un día mi institutriz hasta me lo confesó: "No sé por qué la Käte dice que tú le gustas..., ella sí que es severa, ya la viera yo tomando a su cargo tu educación. ¡La Käte! Si yo te exigiera lo que ella te exigiría...". Y siguió diciendo tantas cosas que yo ya no le oí ninguna.

Otro día, cuando yo había visto a Fräulein Käte miles de miles de veces, siempre igual de seria, siempre, siempre la misma, mi institutriz lloraba y lloraba porque a la Käte, no la veríamos más. Y nos daba un coscacho distraída —por cualquier cosa— porque en serio y no distraída sólo quería llorar y quejarse porque a "la Käte" no la veríamos nunca más. Y yo no sabía si era cierto o si podía ser que como esas sonrisitas de la Fräulein Käte agazapaditas detrás de su seriedad, visibles sólo para mí, yo, en cambio, la volviera a ver

cualquier día, aunque mi Fräulein no la descubriera a mi lado, nunca más. Y no me dolía nada que hubiera desaparecido Fräulein Käte... Pero, otro día me importó. Aunque apenas entendí y vi que era inútil tratar de entenderlo. Mi Fräulein lloraba mucho más y echó a correr como una loca en busca de mi mamá con una carta en la mano y yo corrí tras ella —para apagarle el incendio de las asentaderas— pero, me obligaron a irme desde la puerta aunque oí que Fräulein Käte había muerto. Eso quería decir que Fräulein Käte había desaparecido no sólo en Alemania, a miles y miles de cuadras de Santiago y sin que nadie pudiera ir a buscar en auto, porque había que atravesar el mar, sino que había desaparecido mucho más todavía: ¡había muerto! Y mi Fräulein habló por teléfono con miss “Juevings” —o algo así— y le gritaba y le gritaba llorando: “¡La Käte murrriooooó!”, ...porque con miss Juevings hablaba a medias en castellano y a medias en francés. Y aunque yo me acordaba de esto, me eché a reír por otra cosa y mi Fräulein me retó. Pero no a gritos como era su costumbre. Se puso por el contrario muy suave y me dijo: “¡No rías! Aunque... ¡qué sabes tú, pobre chica...!, ...ya ni te acuerdas que la Käte te tenía tanta simpatía...”. Me decía: “Es un demonio al galope, pero tiene una mirada tan viva, tan inteligente”. Y como cada vez que repetía algo dicho por Fräulein Käte, se echó a llorar otra vez. Y yo traté de ponerme muy seria y le dije con una voz bien suave: “¡Fräulein! ... ¿Fräulein Käte, murió? ¡Pobre Fräulein Käte!”. Pero, se lo dije para consolarla, porque por dentro... había sido inútil pensar: “murió Fräulein Käte o Fräulein Käte murió...”, porque no veía nada parecido a morirse. Y si nada se parecía a la muerte, ¿cómo se podía pensar en lo que era: morir? Sólo conseguí descubrir que la gente se moría una sola vez. Porque nadie se moría por un rato o por un fin de semana y seguía vivo. Se morían como mi perro había muerto Sin dejarme ni la cola. Y el que se moría, peor para él..., se moría y ¡fin! A Fräulein Käte, ni yo la vería nunca más. Y de pronto se me apretó la garganta y me costó respirar. Fräulein Käte sólo una vez me había puesto una mano sobre mi hombro y había apretado los cinco dedos. Y yo hice algo tan tonto como pasarme una mano por el mismo hombro, y la garganta se me apretó otro poco más. Y me fui para que cuando tuviera que portarme un poquito mal, mi Fräulein no lo supiera y así pudiera llorar tranquila por la pobre, pobre Fräulein Käte.

●

Apenas así quedó enmarcada una institutriz alemana amiga de otra institutriz alemana en los intensos, revueltos y desbordantes días de mi infancia.

Ignoro cuándo estas dos mujeres expatriadas se hicieron amigas, pero tan distintas como eran fueron por un tiempo, tal vez no muy largo, muy amigas. Consegúan darse un mismo día de asueto a la semana y se encontraban fuera de servicio a la verdad, apenas como dos mujeres condenadas a extrema exacerbada madurez, por su oficio, y jóvenes todavía. La tal Käte era una pedagoga titulada, la nuestra una pedagoga improvisada. Y la tal Käte, mujer de treinta años, había llegado a América huyendo de la miseria de postguerra del año 14 y, con el resentimiento de quien se aparta de su tierra porque así lo exige no el desecho sino la necesidad, odiaba a América. Unos chilenos pudientes la emplearon para el cuidado de tres criaturas diminutas y la arrancaron de Berlín ofreciéndole un viaje, comida, techo y un sueldo y la lluvia continua del idioma extranjero golpeándole los tímpanos, tal vez, para siempre.

La Käte, como tantas, había quedado soltera; y soltería y expatriación y lo que viniera estaba dispuesta a soportarlo con la entereza de un ser controlado, disciplinado, serio y terco. Porque el deber era su escudo, su dignidad y su patriotismo. Y a la tal Margaret, mi institutriz —cinco años menor— en el pequeño laberíntico territorio de las similitudes encontradas, la Käte la dominaba, como dominaba en su ambiente y se hacía respetar. Como también sabía imprimir en sus patrones el orgullo por haber contratado una institutriz como ella. De primera. Sobria y digna como una dama. Culta como una maestra de selección. Y Margaret también se sentía feliz pudiendo llamarse amiga de la Käte. Ese símbolo de “la gran ciudad” que era Berlín. “¡Ach, Berlin!”. Y la tal Käte era una berlinesa burlona y aplomada de arriba a abajo. Terca y dura con los extraños, como son los berlineses que bien saben lo que vale el resguardar la independencia personal. Por eso le contestó con un ex abrupto, típicamente berlinés —como subrayaba Margaret 12 ó 14 años más tarde, todavía—: “típicamente berlinés” al impertinente que un día de sol —que se prestaba tanto para sacar a los niños a contemplar algo que se realizara al aire libre, como un espectáculo deportivo— se permitió, así como estaba, con los codos afirmados en la cerca divisoria, acercarse un tanto y dirigirse a ella con una advertencia tan tonta como el decirle: “Vea que no se le caiga el niño”. Y el niño no tenía por qué caerse. Y Käte no permitía intervenciones de desconocidos. El ex abrupto berlinés tuvo lugar; y nadie

habría podido prever lo que ocurriría más tarde. ¡Y cuánto asedio a partir de ese día alrededor de esa pobre soltería puesta a buen resguardo por el concepto del deber, de la propia dignidad y de la autodisciplinal! ¿Y cómo fue aquel otro día en que la indignación cesó para darle lugar al interés, a la obsesión, a la locura? Porque en ese hombre todo él le resultó chocante, desde la primera frase que le dirigiera, parecida a una absurda impertinencia. Y los conceptos que Käte tenía sobre los modos con que un caballero o una dama debían proceder padecieron hasta el impacto de una repugnancia. El tal sujeto no había vacilado en la desvergüenza que significaba comprar la complicidad del administrador del edificio y la complicidad de las empleadas de la propia casa en que ella servía. Käte estaba fuera de sí de asco y de indignación. Optó por abandonar ese empleo y buscar otro. De nada le valió. El hombrecito de los ojos saltones e impávidos, rubio, bajo, con un algo huidizo y una voz muy tenue capaz de exhalar argumentos tan absurdos como sorprendivos, dio con ella y la miró sonriente y enigmático, invulnerable a los desprecios como quien no cederá jamás, como quien perseguirá para siempre. Y el aliento de esa persecución tenaz fue encontrando en Käte una obsesión paralela, como aquellas que se deslizan primero cuando el ser desocupado y libre se encuentra a solas y más tarde a toda hora, pese a cualquiera compañía. En medio de los deberes... obligándola a cumplirlos mal y a medias... Y porque se está pensando en él, aunque aun se lo aborrezca. Y no se sabe qué pensar sobre un hombre semejante. Y de súbito se cree que tal tenacidad no es sino un síntoma de amor. Die Liebe. Y el antipático, repulsivo estilo huidizo, un síntoma de timidez... ¿Cómo insinuarle que optara mejor por otros medios si quería acercarse a ella? La colonia alemana era una red asequible para cualquier alemán. Y el hombrecito lo era. Tenía el más típico acento de la "Grosstadt: Berlín". Y un grueso anillo de oro en su dedo con una piedra; y otro anillo de oro en el meñique, que lucía como lucía sus manos blancas, blandas y lampiñas que insinuaban, no sabía ella cómo, algo; algo que Käte no sólo prefería ignorar. Algo que una Käte jamás debía aceptar ni en pensamiento. Y el hombrecito conseguía acercarse demasiado y nunca lo suficiente como para el ex abrupto definitivo. Y sonreía con la boca y mientras sus ojos conservaban eso turbio..., denso..., pantanoso. ¡Pero, insistía tanto! ¿Era osadía? ¿Era timidez? Y de pronto desapareció. No un día ni dos. El alivio, primero se refugió en la curiosidad y la curiosidad en un turbio anhelo: encontrarlo otra vez. Enigmático, siguiéndole los pasos, con

esa porfía que parecía invulnerable a la impaciencia. Cuando él la alcanzó —la tarde que saliera sola de compras a pedido de la señora— sin ella haberlo visto antes y mientras pensaba en él, y le extendió la mano, Käte le extendió la suya. Y conversó con él por el largo de una y otra cuadra y contestó a las preguntas directas que él le hacía. Käte, más tarde, no entendía cómo había sido posible tal cosa, pero de hecho ella le había contestado y había estrechado su mano. Y si lo volvía a encontrar, era ya imposible que no le hablara. Lo irreflexivo no podía ser su conducta en adelante.

Käte, no durmió esa noche. Venciendo el cansancio del insomnio cumplió con sus deberes cotidianos. Sus dos mejores amigas, la británica y la alemana, jamás debían sospechar esa vulgar obsesión que le ocupaba la mente. Ni menos la señora chilena, pero culta como una europea, que había contratado sus servicios confiando en su seriedad.

Sin duda, el amor, que toda mujer normal debe vivir le había sido negado demasiado tiempo y la vida sin amor, pese a la autodisciplina, intoxicaba la siquis. Pero, su adecuada preparación cultural sabría ponerla a salvo de estos engaños y febriles transformaciones nocturnas de la jungla interior. Nada era más eficaz para ello que la cultura y el autodomínio. Y la etiqueta alemana; la disciplina.

No había sentido nada al estrechar esa mano. Sólo que interrogarse tanto sobre lo que no había sentido era haber sentido algo. Y el hombre aquel, no le había dicho nada galante, nada acorde con su tenaz persecución. Sólo la había interrogado y ella había contestado. Al fin hasta le había confiado a él su soltería. Había sido dicho esa tarde: “¿No es usted casada, Käte?”. Y su respuesta: “—No, no lo soy”. Normalmente era otra cosa. Una simple declaración sobre el estado civil. Era enfermizo de su parte imaginar que diciéndoselo a él había sido una confesión... Käte le sonrió rápido a su pupila. Autorizó algo y ni supo qué. Lo pensó nuevamente. ¡Gracias a Dios podía pasar por razonable! El, tampoco había dicho lo que cualquiera. La veré mañana o tal día. ¿Era horriblemente tímido? Y entonces ella le sonrió con piedad a su propia, lejana adolescencia, irrumpiendo como toda adolescencia, pero sólo que en medio del clima inadecuado de la guerra y de la postguerra. Y miró con piedad a su imagen de entonces del hombre soñado. No era una sola, eran varias. Y todas, grotescamente distintas a éste. ¿Y podía un hombre como él convertirse alguna vez en el sueño de una adolescente? ¡Jamás! Pero, ella ahora, era una mujer.

¡Qué absurdo asirse a lo que había soñado alguna vez siendo una muchacha que caminaba por Berlín! Y él no era un hombre vulgar. Al menos, carecía de ordinariez. Y tuvo conciencia, al fin, de una nada con un mundo de significado. Era esto: ignoraba su nombre. Sí, carecía de ordinariez, pero no se había presentado. Y eso, y nada más que eso la llevó a ella a saludarlo. ¡No se había presentado! Y así las cosas ella lo saludó y él la saludó, como lo hacen dos que se conocen y se encuentran. Pero era el caso que no se conocían.

Käte vegetó por unos días más enterrada en su vida de costumbre. Y como a un árbol al revés le crecieron raíces en los sueños... Y creyó ser honesta consigo misma al confesarse que lo esperaba. Pero esta vez lo interrogaría ella a él. Y le preguntaría: "¿Es Ud. soltero?" "¿Y qué puede ofrecerme Ud.?" o "¿Qué pretende Ud.?" Aunque él fingiera tras una conversación insubstancial mantenerse marginado de la galantería. Y la crueldad de su madurez exacerbada de pedagoga conseguía obligarla, en plena atmósfera onírica-diurna e insomne, a creerse demasiado adulta, madura en cultura y conciencia, para la ingenua atmósfera galante.

Pero esta vez el asedio fue epistolar. Con un garabato indescifrable por firma. El más increíble y absurdo balbuceo apresurado de quien se ahoga. Die Liebe, parecía no figurar. Pero era Die Liebe... ¿qué si no?

Después, la única galantería auténtica y vulgar: un ramo de flores, que la sonrojó y que se obligó a sí misma a devolver. Y luego, el terror. Debía confesarse a sí misma: le parecía pavoroso haberlo ofendido. Y se refugiaba por milésima vez, en la primera imagen: ese día de sol, al cuidado de sus primeros niñitos chilenos..., el campo..., el deporte..., esa bonhomía de la gente..., la brisa de la primavera cálida y fresca como un verano al que abanicaran los vientos con rastros de nieves cordilleranas. Europa entrando en el invierno y esta América sureña entrando en el calor... Y el hombre impertinente que se acercara un metro a más, con los codos afirmados en la madera polvorienta, su figura baja, su terno de buen corte, el anillo en la mano blanca... Las dos manos como dos gatos dormidos... Y la frase estúpida: "Vea que no se caiga el niño". Entonces, el insolente ex abrupto suyo, "típicamente berlinés". Rápido, tajante y terco. ¡Ella, la Käte, con mucha más disciplina que sueños! ¡Y había sido capaz de comprarse a la servidumbrel! De crearle una atmósfera indigna hasta obligarla a renunciar. Y después otro giro, otra táctica. Y ahora otra táctica nueva... O el comienzo de la misma: esas flores. Pero conseguía fingir, ante los ojos confiados de la gente que creía conocerla

¡tan bien! Es tan fácil conocer a un ser que se ciñe a una vida reglamentada. Y ya no concebía lo que significaba no exigirse más a sí misma. Sólo eso, conservar el control y la calma, para poder fingir. Había algo demasiado retorcido en su nuevo concepto de la disciplina y una complaciente ingenuidad.

Y llegó el día en que escuchó la voz de él en el teléfono. “¿Cómo está Ud. Käte? Dígame: ¿cómo está? Quiero darme cuenta, Käääte. Quiero comprenderlo”. ¿Qué le decían? ¿Qué le decía ese hombre? Tres preguntas sin espacios entre sí. Sus niños estaban muy cerca y ella pronunció rápido: “—Oh Herr... Herr...” (¡Al menos ahora podía decirle su nombre!) —“Sólo la llamo para saber cómo está Ud. Käte... Salvo que me diga que puedo verla...” —“Ach, Herr... Ud. sabe que yo tengo mis ocupaciones...” —“Oh sí, pero bastaría que Ud. lo decidiera... Käääte...” —“Herr... no tengo tiempo libre”. —“¿Recibió Ud. mis flores, Käte? (¿No sabía acaso que las había devuelto?). Y no quería que sus niños la escucharan hablar con quien le había enviado esas flores. (¿Cómo había averiguado su teléfono?) Y no quería ofenderlo nuevamente cortando. (¡Y qué manera más curiosa de pronunciar su nombre!)... (Similar a las cortas, absurdas frases apresuradas de sus cartas... o, como quien se ahoga). (¿Qué había hecho el mensajero con las flores?). —“Dígame, Käääte... Ud. sale los miércoles y yo la puedo esperar frente al correo... ¡Kääätel... ¿a las dos?” —“No, no... Es muy temprano, Herr...” —“¿Digamos a las dos y media?... ¿Käääte?” (Sí, sería lo mejor. Le explicaría que no debía llamarla. Margaret no le perdonaría no acompañarla al Club Suizo, como de costumbre, pero ya le diría algo a Margaret...) —“Bien, está bien así”. —“Entonces a las dos y media, frente al correo. ¡Hasta el miércoles, Kääätel”

Y ella cortó sin otro alimento para sus oídos que ese continuo: Käääte, alargado, pastoso, fangoso. Se preguntó si estaría loca, la seducía su propio nombre.

El hombrecito la esperaba desentonando extrañamente con la atmósfera de la plaza. No le sonrió cuando ella creyó que lo haría. Le estrechó la mano sacándose el sombrero y la miró con sus ojos bovinos y ella sólo creyó estar soñando. Por unos instantes entró en sí misma y fue dueña de sí... —“Herr... lo menos que puedo exigir es conocer el nombre de quien me sigue y me invita. Vine para advertirle que no debe Ud. llamarme a la casa, que no es la mía, sino la de mi trabajo...”

Se sentía bien hablando así. Continuó, olvidando el absurdo lugar en que se encontraba (Eso de olvidar el lugar en que se encontraba no estaba muy bien). El la escuchó como un hombre sin argumentos

que oponer... Y ella se fue adentrando más y más en la atmósfera profesional hasta chocar ella misma con la conciencia de ser y portarse como una institutriz. Y en el instante en que de ello fue consciente, él sonrió.

—“Venga Ud. conmigo, Kääte... No podemos quedarnos aquí...” Y ella lo siguió obedeciendo a la lógica de no poder quedarse ahí. Lo siguió sin saber dónde... —“Santiago no es Berlín, Kääte. Es mejor para nosotros que resaltamos como extranjeros en cualquier sitio público, buscar un lugar privado...” Ella pensó que debía obligarlo terminantemente a decirle su nombre. También a darse por aludido de cuanto acababa de oír. Y que también debía explicarle previamente qué entendía por un lugar privado. Pero él echó a andar como si ella tuviera que seguirlo y ella echó a andar detrás para poder interrogarlo. Sólo la demoraba el no saber por dónde empezar.

—“Kääte, Ud. deberá cambiar de vez en cuando su día de salida... los domingos es cuando el centro está desierto...”

¿Cómo? ¿El ya creía que ella saldría siempre con él? ¡Käte! ¡Käte! te estás portando como una provinciana. ¡Como una inexperta! Y lo malo estaba en que la experiencia en la disciplina, en la pedagogía, no eximía de la inexperiencia en el amor. Era una inexperta... Peor que una provinciana. Y la decencia se conquistaba a costa de inexperiencia, fatalmente.

El la tomó suavemente del brazo para ayudarla a bajar la calzada... Caminaban sin hablarse. Käte lo estudiaba perpleja con sus ojos miopes y él parecía ofrecerle su perfil como un medallón, mirando siempre al frente, otra vez con la expresión bovina y tensa... Ese clavar la vista en un punto y caminar sin ver. Por segunda vez la tomó suavemente del brazo para ayudarla a esquivar a alguien. Vefía muy bien. La ayudó a subir la calzada del frente. La mano ancha y blanda se le deslizaba como un animal entre el brazo y el costado. Ella no quería mirar las vitrinas para no ver sus imágenes reflejadas en parte alguna. Juntos. Solos. ¿Qué hacer para interrumpir esa marcha...? ¿ascendente? o ¿descendente? El la soltaba cada vez y en cada esquina su mano se deslizaba, floja y rápida... como un animal entre su brazo y su costado. ¡Die Liebel! ¿Lo sería, al fin? Le pareció creer que se hacía la pregunta más engañosa de la tarde. Lo miró bien, como era, con sus ojos miopes. Y lo miró de nuevo y de otra manera, por si era así el rostro del amor. Le pareció muy feo. ¿Y esos ojos? ¿Y esa expresión bovina? ¿Y esa falta de vitalidad? o ¿De vivacidad? ¿Ese silencio? Se dijo: “Parece un sonámbulo...” ¿Y yo? “Una institutriz esperanzada en dejar de serlo”. Lo había leído en al-

gún libro. Y de súbito juzgó horrible, odioso, su destino entregado a la disciplina. La mejor escuela para aprender a ignorar la vida; y no saber qué hacerse frente a enigmas tan misteriosos como las diferencias entre un lugar privado (dicho así) y un lugar público... Y esa Liebe de él, sin expresarse, ni con un solo término gentil, cordial. Tal vez por culpa de la calle, de los transeúntes. Los lugares son propios o impropios. Se percató que ya no había vitrinas. Todo era un sueño que buscaba encontrar respuestas en las experiencias de la vida adquiridas por ella en la lectura de muchas novelas. ¿Balzac? “¡Nein!” Balzac, no servía. Era otra época. Y ella siempre había creído seguir muy bien las malicias de los personajes masculinos. Pero la vida real era más compleja o en la vida real lo personal era demasiado temeroso como para no cubrirse de velos. Si pudiera encontrar su desaparecida entereza, para decirle: “¿Sabe Ud...? Voy, porque quiero ir”. Caminaba al lado de un desconocido, hacia un lugar ignorado y desconociéndose a sí misma; y sin saber si quería o no quería ir. Un naufragio total. Y cosa peor que la soledad. A la Käte que tanto desde su infancia estructurara y que ella misma aceptara que la estructurara así... ya no la sabía ser. ¿Y quién era la otra? ¿La nueva Käte?

La mano rápida como un lagarto bolsudo le detuvo el paso y ella vio una puerta. Nada más que esa puerta. Alguien les abrió, a quien ella no quiso mirar y que nada le impuso que lo mirara. Un murmullo se llevó a cabo... (Que no quiso descifrar). Y el sonido de las pisadas desapareciendo en el comienzo de una alfombra. Y la oscuridad... Y el reflejo de unos vidrios... Una lámpara enorme y apagada... Un cuarto con la puerta abierta... A medias salita, a medias dormitorio... Un rumor... El silencio y la puerta cerrándose con mucho cuidado, a sus espaldas. Alguna claridad, venida de no se sabía dónde. Y el desconocido a su lado. Sus amigas no lo creerían jamás... Ellas habían caído en la tentación... Pero, sí y no. Porque ellas se habían entregado más de una vez... Pero, era tan otra cosa... Algo de una vulgaridad que adormecía a otra conciencia. Debía estar alerta. Portarse como la Käte que era. Así como en el aventurado viaje a Sudamérica con Detschland y Berlín en las sienes, en las venas, en la cultura, en la conciencia... Pero este era un alemán, y no cabía refugiarse con él en la distinción honrosa: ¡Europal

Y él le ofreció asiento y se sentó frente a ella. La ayudó a liberarse de la cartera y de los guantes. Käte no quería mirarlo y lo miraba porque le tenía miedo. Pánico a no vigilar alguno de sus movimientos. Y él le habló con un “Käte” menos pastoso que nunca. —“Ahora estamos tranquilos, Käte”. Y a ella le pareció que le sonreía, burlón.

Hizo hincapié en lo mucho que le había costado alcanzarla. Sí, Käte. Ella quiso explayarse sobre lo inadecuado de sus tácticas. Le abortaron por trozos las frases. Era exactamente como sentirse infinitamente imbécil. Cuando él acercó su silla al sillón donde estaba ella y empujó como al descuido una rodilla entre las suyas, quiso ponerse de pie como impulsada por un resorte, pero lo tenía demasiado cerca. Quiso juntar las piernas y el resultado fue que apretó aún más la rodilla de él. Y absurdamente, quiso coquetear —con desesperación— como una cocote, pero chocó, grotesco —el mínimo intento mal compaginado— contra la impavidez, la mirada bovina del hombre. El le preguntó con la voz del teléfono: “Cómo se siente conmigo, Käääte?” Ella quiso gritarle que no era Käte. Y que, mejor, ni le recordara a Käte. Esa su Käte que se había pertenecido siempre a sí misma y que era traída y llevada por su disciplina como una dentadura postiza. El le sonrió con los labios y hasta con los dientes, pero con sus ojos bovinos expulsando una mirada como una compresa que se posara y permaneciera sobre la cara de ella, y hasta la empujara hacia atrás, hacia atrás, recostándola. La rodilla de él avanzó penetrando entre los muslos de ella más y más adentro arrastrando hacia atrás la falda y la enagua y endiabladamente hipócrita volvió a preguntarle con la voz pastosa, fangosa, del teléfono. —“¿Así, se siente bien, Käte?”

No sabía qué pensar. Lo peor era que no sabía qué pensar. Al menos si la hubiera abrazado y besado. Y ni siquiera se sentía ardiente. Concluiría entregándose fría como una muerta. Y por ninguna razón quería pensar en el cuadro que dibujaban los dos. Sintió en los anteojos, que transpiraba. Lamentó no haberse sentado bien, al fondo del sillón. Como lo había hecho, el se podía aprovechar muy bien. Y no sabía cómo decirle a un hombre tan desconocido: “Quite su pierna de entre las mías”. Su pierna..., mis piernas..., le parecía inaudito mencionar tales cosas. El acercó a ella sus manos y como quien hace el ademán más simple tomó las piernas de ella como a dos asas y la atrajo hacia él. Ella sintió que alcanzaba el último borde del sillón. Y que todo un muslo del hombre estaba ahora entre las piernas suyas. Y entonces inclinándose, la voz pastosa, le preguntó: —“¿Hace cuántos años que está usted en Chile, Käääte?” Y lo increíble fue que ella contestó, exactamente, cuántos años hacía. El se puso de pie, de golpe y como si toda la escena no la hubiera preparado sino para oír esa respuesta en cifras. Después, preguntó obsequioso si quería beber algo. Lo que fuera de su gusto: Té..., café..., champaña... Y ella que jamás bebía pidió champaña. El tocó un timbre, sin mirarla pero sin volverle la espalda, entreabrió la puerta cuando golpearon, y por la

ranura susurró algo. Ella sólo atinó a aprovechar el respiro para bajarse la falda y sentarse al fondo del sillón. Y comenzó a pensar que si se le concedían cinco minutos, podría encontrar a Käte y, una vez Käte con ella, ya sabría como decirle al tal sujeto lo que fuera lo más indicado. Ya oiría él, más de algo: "típicamente berlinés". Pero, con gran sorpresa de su parte, él se dejó caer como abrumado sobre la silla sin rozarla, y con esa voz del teléfono, pronunció: "Has sido muy mala conmigo, Käte... Yo te he esperado y te he seguido y he vivido para este instante, pero veo que no significo nada para ti. Y no te buscaré más si me confirmas que efectivamente así es. Uno siente esto por una mujer y ella, a la vez, siente por uno lo mismo... Pero, tú, no... ¿Tienes a alguien Käääte a quien desear..., que ahora..., no me puedes desear a mí?" Y ella odiándose por estúpida, en vez de asegurarle que nada significaba él para ella le aseguró que no tenía nada "im Herzen". —"No puedo creerte, Käääte..." El giró sobre sus talones como un mandarín de vodevil... y abrió la puerta de par en par para tomar por sí mismo la bandeja. Käte quiso desaparecer. No quería que la mujer aquella la viera. Y le pareció que por primera vez comprendía que estaba, con ese hombre, en una de esas tales casas de cita.

Bebieron y él se comportó como un caballero cualquiera. Le ofreció la copa y brindó como un alemán. Ella todavía no podía entender por qué había pedido champaña, pero tenía tal sed que se bebió toda la copa; y le pareció que le caía bien. Aceptó otra. No hablaban nada. Y de súbito, en ella, se despertaron unos deseos sin vaguedades, descarnados, apremiantes. Un hambre real, que no le importaba a qué Käte le perteneciera. Y se comportó como una loca y como una estúpida en su afán de obligarlo, a algo semejante a lo que tanto había aborrecido recién. Se acercaba a él, con o sin pretextos y él bebía como un mandarín soñoliento, a traguitos cortos, como para no terminar jamás. Después afirmó: —"Creo que ha venido usted para pedirme que no la vea, Käte". Ella quiso explicarle lo que él había hecho mal. Y que posiblemente, ella había acariciado, aún rechazándolo, la esperanza de una enorme Liebe... El, sin duda, era culto... (No había dicho ni tres palabras que justificaran tal certeza, pero de esto ni se acordó). El la interrumpió para detallarle obsequioso los días y más días de espera y persecución... interminables. —"Sin resultado..." Y ella... estaba segura que quería entregarse... Que lo quería de un modo desesperado. Pero, cómo hacerlo con ese hombre que tenía tanto y tanto que reprocharle... Enfilaba sus palabras y sus frases como memorizando un texto de lectura en la infancia... Y ni una sólo sílaba tra-

ducía lo que sentía realmente... ¿Y él? Por añadidura ahora creía que ella lo rechazaba. Le tocó, entonces, muy, muy tímidamente con sus dedos una rodilla y con una coquetería de una ingenuidad arcaica, increíblemente en desacuerdo con su edad y con sus lentes, le pidió que se comportara como niño bueno y le dijera, al fin, su nombre... Y fue ahí cuando él recurrió, adormecido y flojo como parecía estar, a algo corruptor, completamente obsceno, bestial y sin transición. De golpe.

La pobre mujer se retorció, histérica, perdida, entregada a lo que viniera. Y con la misma actitud sorpresiva, él le puso punto final a la escena. Acomodó con mano floja, indolente su ropa y asumió como por magia, la actitud primera. Y ella tuvo que suplicarle, que rogarle... y al fin apenas que pedirle que le permitiera unos instantes para reponerse. Pero no. Era muy tarde, él tenía que irse. Y ahí, no la podía dejar sola. Era horriblemente tarde. El cuerpo de Käte no conservaba sino las últimas resonancias de unos dolores dispersos ocasionados por las manos blandas y fuertes del hombre sacudiéndole la misma histeria de encima que él había provocado. Y lo que se llama una entrega, no se había cumplido. Y ahí estaba él, apremiándola como un patrón. Impaciente, impaciente por irse. Y como quien debe irse por razones muy justificadas. Por unos instantes, una locura inaudita la había devastado a la pobre Käte. No tuvo tiempo para reponerse. Era inútil. No. El tenía que irse y tocaba el timbre, después murmuraba algo por la puerta entreabierta y le decía a ella: —“No te dejes llevar nunca así por la pasión caprichosa y bestial de un momento, Käte... Yo gustaba de una mujer como tú tan digna, tan señora, tan controlada”. Y ella sabía que ahí había algo de una injusticia monstruosa pero servil ante el único escaparate que el hombre le tendía para continuar el diálogo, el suceso que les pertenecía a ambos; ella bajó la vista con el más bobo ademán de una muchachita vieja y efectivamente, con su voz de costumbre, susurró, tan sólo: “es la inexperiencia”. Y él no le concedió más tiempo para reponerse y la sacó a la calle y ahí le pidió que se fuera sola a casa porque él iba en sentido contrario y llevaba mucho atraso. Demasiado.

Käte nunca volvía temprano a casa los días de salida. Y era tempranísimo. Sin saber qué hacerse se fue caminando a pie las incontables cuadras que la separaban del Club Suizo. Y sus amigas la vieron llegar, mucho más atrasada que de costumbre, pero en la animada cuadras que la separaban del Club Suizo. Y sus amigas la vieron ba el fango de lo recién vivido. Y se decía: “No sé qué pensar... Esperaré... Los días próximos dirán...” Pero nunca más se atrevería

a preguntarle cuál era su nombre. O tal vez sí. Tal vez no esperaría otra cosa que el lugar privado donde poder hacerlo. E inexplicable demora, su rostro no indicaba nada todavía. Saludaba a derecha e izquierda con su severa dignidad de costumbre. O, eso parecía. Y nadie la miraba para volverla a mirar con los ojos fuera de las órbitas de asombro, de asco, de indignación.

Pasó una semana. Se decía: "Si pasan tres semanas esta angustia desaparecerá. En el olvido se ahogará la nostalgia". Y el recuerdo saltaba de la imagen del rostro bovino a la imagen del hombre completo, bestial y otra vez bovino. La bestia, como un cuadro fascinante entre dos apagones de luz.

Se encontraba sola en casa. La señora, bondadosa, había propuesto que sus cuatro hijos fueran solos al concierto. Fräulein Käte debía descansar ese día para ayudarle a su organismo a librarse de esas tan desagradables jaquecas. No eran jaquecas, se asemejaban, a veces, a un dolor neurálgico; y su cabeza le parecía de vidrio sensible y trizado.

En el silencio de la casa, en el mismo saloncito donde ella se encontraba con un libro que no leía sobre la falda, sonó el teléfono. Lo reconoció al instante y dio gracias a Dios por haber atendido ella; y por el acierto que era llamarla ese día tan especial, con tres horas de soledad por delante. Sólo la servidumbre en las dependencias del enorme departamento.

—"Ah... es usted misma Käääte..." El "Käte" sonaba más largo y pastoso que nunca. Ella quiso gastarse un reproche. No se podía abandonar sin aviso a una mujer a quien... Y tropezó con la imposibilidad absoluta de mencionar ese espanto. —"Al menos puede usted ahora hablar, Käääte..." Ella le agradeció que la interrogara antes de imponerle la conversación. —"Sí, sí... Lo que nunca sucede, estoy sola". Una minúscula prudencia la obligó a agregar: "El dueño de casa llegará pronto; y la servidumbre, naturalmente que está, pero en cambio, estoy desocupada, por una vez".

—"Sola con sus pensamientos, Käääte. Es terrible... ¿verdad... Käääte?" Ella quiso decir que se necesitaba ser institutriz para saber lo delicioso que era. Pero, si se pensaba en el presente... Tenía razón él. ¡Era terrible! —"Y yo Käääte... estoy siempre a solas con mis pensamientos... Siempre. ¿Comprende usted? A toda hora... Ahora... mismo... ¡Käääte! Es por eso que la llamo... Debo descargarla a toda hora Käääte... Tengo que llamarla al fin. ¿Comprende usted... Käääte? Deseo que me explique cómo comprende esto... pero en estos mismos momentos... Käääte". Ella rememoró la imagen de él,

increíble, obsceno, bestial, gritándole con distintas voces palabras que ni entendía y que sin duda pronunciaba a medias y sacudiéndola a ella como a una colcha en llamas. —“¿Puede usted salir media hora... Käääte...? Sólo media hora tengo libre. Dirá... que va a buscar botones, ...Käääte... la pasaré a buscar en auto... ¡Responda! ¡Käääte! Es urgente. Usted comprende. Ud. ya sabe que es urgente. Ud. ya no es una niña Käääte... ¿Cómo quiere entender de qué se trata si usted se esconde de mí y de Ud. misma...?”. Ella le preguntó infantil y boba... No sabía por qué entre un jadeo de su propia respiración que se escapaba por sí solo: —“¿Y ahora... Ud. me dirá, al fin, su nombre...?” —“De eso se trata, Käääte... ¿No se da cuenta...? ¿No lo cree...? De eso mismo se trata Käääte... se lo estoy diciendo... Se lo estoy demostrando... Käääte... Y debe apresurarse... Pronto... Ya lo verá Ud.... Ya me verá... Käääte...”.

Diez minutos más tarde tocaban el timbre y ella salía sin estrecharle la mano, sin besarlo, como una vaquilla al matadero. Tal vez no era *Die Liebe*, sólo la pasión...

Y cuanto aconteció era un irse hundiéndose más y más en lo pantanoso. No salía de su asombro. ¡Ese paseo en auto! ¡Los recursos del hombre! Y ese día que ella no contaba con tiempo, él se dejó llevar... Y ella lo ayudaba hasta lo inaudito en el apresurar el instante desde la llegada o el encuentro hasta el núcleo de lo más sórdido. Con un vago afán de entrar, al fin, para salir de ello de una vez.

Media hora era un instante y la vaquilla no quiso cooperar en la pérdida de un segundo. El pantano quedaba en órbita sin gastar tiempo en cortesías, interrogantes o saludos. Pero él conseguía sorprenderla de todas maneras. Abismarla. Y quebrarle de golpe otra delicadeza que no se sabía cómo estaba intacta todavía. Idéntica a esos pedazos de madera y de papel que se salvan de un incendio que retorció los metales y carbonizó los ladrillos.

Fue imprescindible confiarle a Margaret que tenía a “alguien”; y lo osó porque podía lucir ese nombre que ninguna pobre Margaret podía concebir cómo se lo habían entregado. —“Ach, Käte...”. Margaret se demostró dichosa. Al fin la severa, la seria Käte conocía la debilidad del corazón femenino. Käte ni sonreía. Margaret la imaginaba en el amor tan severa, fría y pedante como se podía conseguir ser, en el amor, eso siempre un tanto libre y salvaje y juguetón. Un amor con muchos discursos y poco jolgorio. Pero Margaret reía con el peso de su respeto por “la Käte” algo más aliviado y su cariño por “la Käte” algo más risueño y elástico. Y el nombre era en sí

una pista deliciosa. La increíble Käte no sabía a quién correspondía ese nombre. Pero ella, Margaret, el miércoles próximo lo sabría, lo sabría.

...Y lo que supo la dejó sin deseos de reír. Tal vez eran chismes, pero el tal sujeto tenía muy mala fama. Era farmacéutico y casado. Un hombre de dinero, eso sí. Se hablaba de una muchacha que se había matado por él lanzándose al cráter de un volcán. De otra alemana que se había matado por él bebiéndose un chocolate espeso de veronales... Y era un hombre feo. Más bien desagradable a la vista. Sin amigos, antipático y duro. Margaret disparó todos sus susurros y murmullos y sofocamientos en los oídos de una Käte casi impávida. —“Ach... ¡pero, Käte!”. Y la británica se sumó a los diagnósticos y a las reservas y a la investigación tan desagradablemente chocante... y tan interesante si Käte no fuera la comprometida...

—“¡Oh, pobrrre Käte!” y “¡pobrrrel”, porque lo amaba. Era invulnerable a las críticas. La imaginación mórbido-romántica de las dos institutrices testigos se disparó en cualquier dirección día a día. No había nada que hacer... suspiraban. “¡El amor!” “Die Liebel” Sí.

Meses después, Margaret gritó: “Kaäte... ¿Käte? ¡Kääätel!” Su demonio chico e inagotablemente malcriado chillaba como un verraco: “¡Llegó Fräuleiin Käääeeetel!” “Käte”. Frälein Margaret organizó los permisos y las prohibiciones para mientras ella y Käte conversaban tranquilas unos instantes: “¡Bitte, bittel... sin interrupciones... ¿oído? ¿entendido? ¡Alsol!”.

Käte tenía algo. —“¿Estás enferma, Käte?” —No, Margaret... no estoy enferma”. ¡Pero Käte tenía algo!... Margaret no se podía concentrar en lo que le decía observándole esas especies de muecas de dolor contenido. —“Käte, dime, ¿qué tienes?”. Una hora después... vino la confesión. —“Eres increíble, Käte...”. Käte tenía una herida en un brazo. Se había caído de la escalera. —“¡Por favor Käte...! ¡haberlo dicho antes!”. “Tengo una crema... ¿estás vendada? Puede ser eso. El vendaje muy apretado. Déjame ver... ¡Mensch!”.

Y Fräulein Margaret lo vio. No había sido enfermera ni nada semejante, pero quién... ¡por el amor de Dios! podía no comprender que esos eran latigazos... jamás una escalera... “Es un sádico...”. Se lo habían murmurado a Margaret en secreto en el Club Suizo. “Se dice de él que es un sádico”. Se lo habían confirmado

en el Club Austríaco. Margaret se entregó a dos manos a la tarea de repetir alivio en el brazo de Käte y a toda boca a la tarea de hacer entrar en vereda a Käte... ¡Una mujer como Käte! Margaret casi lloraba de indignación. ¡Culta! ¡Europea! ¡Un tan excelente ejemplo de la maravillosa disciplina alemana! —“Käte... estoy desolada, desconcertada... indignada... ¡Qué morbideces vives!”. Käte lo reconoció echándose a llorar como una mujer de cualquier ciudad grande o pequeña o de cualquier hemisferio. Margaret se guardó sus reproches, compadecida y por completo “ennovelada” por lo dramático del argumento. —“Käte, apártate de él... te ayudaremos Käte... ¡Prométeme que pondrás lo que sea de tu parte!”. Käte se sonó y prometió ponerlo todo de su parte. Por compasión no quería decirle a Margaret cuánto había vivido... Compasión de sí misma y de Margaret... “Die Liebe”. No existía. No había vivido un instante de amor.

La británica y la alemana se entregaron a la tarea como dos bomberos con faldas y babuchas de apagar ese incendio en el temperamento de Käte, haciendo uso de invitaciones van y vienen. Hasta un viaje al puerto... Cuanto podía alcanzarse a hacer con lo escuálido de sus bolsillos y de sus atracciones. Y era inútil. Contribuyeron empeñosamente en la mala fama del perverso sujeto, eso sí. “Es un sucio sádico...”. Lo murmuraban ahora ellas, en secreto, pero a los oídos del primero que no lo hubiese escuchado nunca.

Y todo fue inútil. Por algo que nunca supieron llegó el sádico a insinuarle a Käte un retorno a Alemania porque en Chile no se respetaba la vejez. Margaret casi se desplomó de fastidio. ¿De qué vejez hablaba ese hombre? —“Käte, pero... ¡Käte!... ¿Y tú permites algo así... y le prestas siquiera atención a argumento semejante...?”.

La señora que había empleado a Margaret; la señora que había empleado a Käte; Margaret y la británica hicieron lo que pudieron por influir. Las bases, que parecían tan irrefutables, eran: “Ese hombre no la quiere, Käte”. Unos hombres espléndidos, hermosos, fuertes, jóvenes, sanos, varoniles, humanos, habían salido con Käte y, ... nada. Käte los encontraba irremediablemente sosos. Se le disolvían como el aire. ¿Qué más podían hacer ellas? La señora que había empleado a Käte, y sus niños, se portaron admirables. La señora le dijo: “Es una tragedia lo que Ud. vive, Käte, pero yo sé quien es Ud. en el fondo y mi casa está y estará abierta para Ud. Y bien lo sabe Ud. que si pasados algunos años Ud. retorna y yo no la pudiera tener no faltará a quién se la recomiende”. Y Käte

lloró en los hombros de la chilena y sabía que si pudiera confesar lo que su corazón amordazado guardaba, habría confesado que ahora amaba a América y le parecía extraña, ajena, inhospitalaria: Europa. ¡Tanto espacio aquí! ¿Qué apreturas viviría allá? Y cómo explicarles a ellas qué recursos esgrimía él que apenas si culminaban en el argumento que por sí solo, naturalmente que era muy pobre: "Retorna a Europa porque en Chile no se respeta la vejez".

Y Margaret se abalanzó sobre el papel de cartas mientras sus niños hacían las tareas a su lado y le escribió a la hermana suya que vivía en Berlín. ... "y este perverso sujeto, este monstruo, Hilde, le ha ofrecido una casa en Berlín para pasar la vejez... ¡la vejez! Cinco años apenas, mayor que yo. ¿Puedes comprenderlo que se deje decir tales cosas? No puedes imaginar, pese a todos los antecedentes que te he dado lo imposible de creer que resulta, contemplándola, esta pasión que vive mi amiga Käte. Käte si ahora se va, lo hace solamente porque está loca. Y te suplico, Hilde, que desde ya le ayudes a buscar una ocupación. Tiene muy poco dinero. La dirección de sus hermanas es N. N. Porque Käte tendrá que llegar donde sus hermanas. ¿A qué otro lugar puede ir? Con las reservas que lleva no se puede pensar en un hotel. Ni menos a los precios que tú me has indicado. Te escribo apresurada como de costumbre. Mis niños hacen las tareas. Siempre unos demonios como de costumbre, sobre todo, ella. Un demonio al galope, como dice Käte. Te abraza tu hermana, Margaret".

Alemania estaba pobre, populosa y descentrada. El egoísmo no perdonaba ni los más íntimos lazos familiares. Un egoísmo ancho y mezquino como una peste sin antídoto. Y las hermanas de Käte llevaban ya escépticas cuentas sacadas aun antes de verla aparecer. "Sin dinero y otro estómago más". "Tal vez enferma, por añadidura". "Alemania está para exportar gente y no para recuperar a los que se fueron a su debido tiempo". "¿O es mentira lo que nos ha escrito sobre la buena vida que se daba en Chile o está loca deseando volver?". "No vendrá a enseñarle alemán a los nuestros". Y las arpias no paraban de castañetear con sus bocas.

La Käte que vieron no les dio mejores alientos. Esa ínfima cantidad de dinero que traía se acabó en un suspiro y quedó el estómago y la estúpida confidencia. "¿Dónde estaba él? ¿Qué hacía que no le escribía, ni la venía a buscar, ni le compraba "la casa". "¡La casa!".

Käte quiso huir por segunda vez. Volver, volver a Chile. Escribía cartas disparatadas, alocadas. En un sobre venía un papel de

diario que no era recorte, sólo un trozo y en el margen su letra descompuesta había escrito: "Chile... Chile... Chile...". El estridente homenaje de una desesperación.

Hilde, la hermana de Margaret, abría cartas y más cartas donde la empujaban a no olvidar esa ocupación para Käte. Era fácil decirlo. ¡Doctores hacían cola para un empleo de vendedor en una farmacia! ¡Qué mentalidad adquirirían los alemanes en Sudamérica! Pero, Hilde, no quería decepcionar a su hermana Margaret y aprovechaba sus almuerzos apresurados para recorrer en los diarios las listas de empleos.

Un día las hermanas de Käte, por un feliz azar, descubrieron que el tal sujeto estaba ahí. En pleno Berlín. En un buen hotel con su señora y sus hijos. Una de ellas se echó el abrigo sobre los hombros... Decidida.

Cuando el hombre no quiso oírla lo amenazó con un escándalo ahí mismo en los bajos del hotel. Ya sabía él cómo debía explicárselo a su mujer. El hombre la acompañó. ¡Santo cielo! ¿Por esa estrambótica tortuga había enloquecido, Käte?

A la otra hermana de Käte la redondeaba un embarazo avanzado. Käte era la sombra de sí misma. Flaca, nerviosa, como una alimañita envenenada. Un estómago más y algo horriblemente deprimente para tenerlo en casa. ¡Y sin ninguna necesidad! ¿No había sido Chile hospitalario con ella? Si él no la amaba... Bien. Eso no se conseguía a la fuerza. Allá ellos y lo que habían vivido. Pero, ¿a título de qué, ese hombre la había empujado a volver? ¿No se sabía en Chile cómo estaba Alemania? Ella, como la hermana que era de Käte, estaba demasiado furibunda para mirar con respeto las sortijas que lucían las manos cuidadas y blancas del malandrín. Y no le había sonsacado, en todo ese largo viaje a las afueras de Berlín, un solo párrafo entero. ¡Poco lucía sus atractivos del alma! ¡Una vez que viera a Käte...!

Las hermanas miraban la escena perplejas. El encendió un cigarrillo y se la quedó mirando como un domador los últimos restos del animal domado, destruido. Y ella, a la que suponían tan enamorada, no corrió a sus brazos, se encogió algo más y no pronunció una palabra inteligible. Pero, él, parecía seguir con habilidad esos enigmas. Al fin, el hombre se pronunció. Con una voz aguda, tajante, áspera; y chilló que ella era una mujer madura. El no la había llevado a Alemania. Sólo le había dado un consejo. Allá ella si lo había seguido. Los adultos no hacían responsables a los demás de los consejos que seguían. ¡Exigía que no lo molestaran más! "Bien lo sabe,

Käte, que lo nuestro no tuvo trascendencia y terminó. Y bien lo sabe que no sacará nada de mí. No tolero que se me moleste con estas cosas cuando viajo con mi mujer. Ella está en todo su derecho si se ofende”.

Y dio media vuelta para irse. La hermana embarazada de Käte se abalanzó a detenerlo. A ella, visiblemente grávida, esa bestia no se atrevería a rechazarla. La bestia se atrevió. Con un simple empujón que disparó a la grávida contra el suelo. Frías como eran comprendieron con horror que había aceptado ir, no por miedo, miedo al escándalo con que se lo había amenazado; había ido para ofrecerle un espectáculo delicioso a su crueldad.

Este fue el fin. Cuando Hilde consiguió dichosamente un empleo, un viudo con un niño que necesitaba a alguien que lo atendiera a él, al niño y a la casa, Käte... ya no estaba para servirlo. Se había tomado un vaso espeso, chocolatado, de veronal. La cantidad de alimento más voluminosa que recibiera su estómago desde hacía varios días.

De todos sus bolsillos y del cajón del velador escaparon papelitos, boletos, tiras y el nombre de Chile dibujado, escrito y garabateado en todos ellos.

Hilde, entonces, se lo escribió inmediatamente a su hermana Margaret.